

TIC, Redes y Posverdad. Innovación comunicativa: una nueva ola terrorista

Sara S. Velasco
sara.sotovela@gmail.com
Universidad Carlos III de Madrid

Biografía: Doble Grado en Derecho y Ciencias Políticas por la uc3m, con estancias en las universidades de Milán (Sacro Cuore) y Beirut (American University). Máster en Análisis de Inteligencia de la uc3m y urjc. Asistente de investigación en el Research Institute for European and American Intelligence Studies.

Jediael Álvarez de Dompablo
jedi_15_jedi@hotmail.com
Universidad Autónoma de Madrid

Biografía: Doctorando en el programa “Derecho, Gobierno y Políticas Públicas” de la Universidad Autónoma de Madrid. Graduado en Ciencias Políticas y de la Administración Pública y en el Grado de Filosofía (con estancia en la Universidad Sorbona – Paris IV) en condición de simultaneidad de estudios por la UAM. Además, Máster en Democracia y gobierno; y Máster en estudios Interdisciplinarios de Género.

Abstract:

El terrorismo es un fenómeno comunicativo, y como tal se ve afectado en cada revolución tecnológica, provocando cambios epistémicos y en el ámbito de la opinión pública. Atendiendo a la estructura de las olas de Rapoport, estaríamos asistiendo al final de la cuarta ola, lo que se confirmaría observando los cambios en las técnicas y formas de difundir sus mensajes de los nuevos terroristas, que responden a las lógicas de la posverdad.

Palabras Clave:

Terrorismo, Posverdad, tecnología, Quinta Ola del Terrorismo, comunicación

INTRODUCCIÓN

Terrorismo y comunicación son conceptos que se encuentran estrechamente ligados. En esta investigación, a través de la aplicación de la ciencia política, se pretende analizar el efecto de las transformaciones comunicativas sobre las estrategias terroristas. La teoría de las Cuatro Olas de Rapoport (2004) aporta una estructura y categorización de los grandes bloques históricos en los que podemos dividir el fenómeno terrorista y será la guía de análisis.

El terrorista busca movilizar sus apoyos y coaccionar a sus enemigos, y para eso tiene que establecer una vía de comunicación con el público que asiste a sus atentados. La constitución de opinión y espacio público son elementos muy relevantes a la hora de comprender el terrorismo y la forma en como éste canaliza su mensaje.

Por último, cabe plantear, si el terrorismo es un acto comunicativo y se están produciendo transformaciones tecnológicas, epistemológicas y de opinión pública, ¿podemos hablar de un terrorismo en la era de la posverdad?

TERRORISMO COMO ACTO COMUNICATIVO

Conceptualizar el terrorismo es un fenómeno complejo ya que abarca muchas y muy diferentes realidades. Dependiendo del enfoque puede ser un proceso, una manifestación, una persona, un grupo, un ataque, una idea, un gobierno. Por ejemplo, Yungher (2007) habla de la presencia de cuatro elementos para discernir si un acto es susceptible de ser llamado terrorista: tratarse de un acto violento con motivaciones políticas dirigido contra inocentes para llegar a una audiencia más amplia (en Archetti, 2013). En este caso la definición que pretende darse es una que hace referencia a las características, motivación, víctimas y objetivo del ataque, pero, esencialmente, el terrorismo se presenta como un acto violento para llegar a una audiencia más amplia.

Otros difieren. Cada autor tiene su propia definición del asunto, dando más o menos importancia a algunos elementos que se han ido consolidando como necesarios para que exista terrorismo, pero a veces innovando y añadiendo más ambigüedad. Al mismo tiempo, se usa un único término sin acotar los límites entre terrorismo y otras formas de violencia política, o se usa indistintamente en diferentes territorios y momentos, sin hacer precisiones más comprensivas. En este sentido, Weinberg, Pedahzur y Hirsch-Hoefler

(2004) hicieron un estudio sobre la frecuencia de presencia de ciertos elementos comunes en 182 definiciones de terrorismo desde 1988 hasta 2002. Los resultados daban mayor presencia a los términos violencia, política, miedo, amenaza, víctima, táctica, civiles y movimiento. Sin embargo, cada término se manifestaba con diferente frecuencia dependiendo de la región de origen del autor: a modo de ejemplo, táctica y movimiento eran mucho más frecuentes en la zona de Oriente Próximo que en Europa Occidental y Norteamérica, mientras que política lo era mucho menos (Weinberg et al., 2004:786).

Al mismo tiempo, en las definiciones estudiadas variaba la frecuencia de términos dependiendo del campo de enfoque del autor siendo, por ejemplo, violencia mucho más presente en sociología que en ciencia política; y táctica mucho más frecuente en ciencia política que en sociología (Weinberg et al., 2004:788). Esto se debe, principalmente, a que los trabajos de psicología y sociología se centran generalmente en cuestiones como la motivación, los procesos de radicalización o el comportamiento de los terroristas como individuos, como señalan Crenshaw (1981), Mellón (2015) o Roy (2016). Frente a esto, los economistas tienden más a los argumentos racionales y a la instrumentalización de actos terroristas para determinados fines por parte de las organizaciones que los realizan, sin menoscabar la importancia de las teorías que hablan del coste-beneficio de usar el terrorismo, o de la propia capacidad económica de adoptar estrategias terroristas por parte de los diferentes grupos, como en Bueno de Mesquita y Dickson (2007) o Horowitz (2010). Además, existen los enfoques interdisciplinarios que suelen ser más habituales en la ciencia política o las relaciones internacionales, y que tienden a incorporar elementos de los otros dos grandes campos (Martin y Pedahzur, 2017).

No obstante, la acepción comunicativa es poco frecuente en las definiciones, pese a su potencial importancia. Según Pape (2003), el objetivo del terrorista se reduce fundamentalmente a movilizar apoyos y coaccionar al oponente. La violencia, la ideología e incluso las víctimas son sólo medios para trasladar su mensaje al mundo. Incluso cuando diferencia entre tres tipos de terrorismo (demostrativo, que busca principalmente ganar publicidad para reclutar y llamar la atención a su causa; destructivo, que pretende movilizar apoyos y coaccionar al rival; y suicida, la forma más agresiva de presión) el objetivo es siempre el mismo, comunicar mediante la publicidad de sus actos (Pape, 2003:345).

“La comunicación es, precisamente, la facilitadora de toda interacción social” (Archetti, 2013:33). Desde la tradición oral hasta la invención de internet, la comunicación ha facilitado y condicionado todos los aspectos de la vida en sociedad y, probablemente con especial relevancia, su faceta política. La construcción de tribus, de identidades, de naciones. La canalización de demandas y la creación de grupos de poder. El impulso humano, la coordinación de los movimientos de reivindicación, la educación, la violencia. Todo ha sido posible gracias a la capacidad humana de comunicarse.

¿Qué es comunicación? Básicamente se trata del envío de un mensaje desde un emisor hasta un receptor. Según Castells (2009:87) se trata de compartir significados al intercambiar información, que son la suma de tecnología, códigos culturales, y, en definitiva, el contexto en el que se producen. Este estudio se centra en la comunicación social, o la comunicación de masas, que ha sido tradicionalmente unidireccional (a partir de libros, revistas, películas, radio), pero que se está tornando predominantemente interactiva. Castells la llama la autocomunicación de masas, que se articula en un contexto digital interactivo que admite y canaliza una gran diversidad de emisores, receptores y, por tanto, contenido (Castells, 2009:88).

En su esquema más básico, la comunicación es:

[emisor → mensaje → receptor] contexto

De acuerdo con esto el mensaje del terror tiene fuertes costes, la definición de víctima de Etxeberria (2012:218-219), la elección de objetivos no responde a un odio concreto contra una persona concreta (incluso cuando las Brigadas Rojas asesinaron al Primer Ministro italiano en 1978, el blanco no era Aldo Moro como ciudadano sino como institución); el objetivo es el que pueda causar mayor impacto en la sociedad para ganar apoyo y causar terror. El acto terrorista es un mensaje que contiene una serie de elementos característicos (violencia, crudeza, ataque a los inocentes, etc.), que cumple una metodología determinada (bombas, secuestros, atropellos) y que busca trasladar una amenaza concreta. La amenaza entendida como “la percepción de que las demandas políticas realizadas por grupos extremistas son una amenaza para la visión del mundo e identidad de la mayoría contra la que se dirigen. La percepción de la amenaza, en esta perspectiva, vendría de la distancia imaginada entre la demanda del grupo extremista y la visión del mundo

compartida por la mayoría” (Archetti, 2013:18-19). Afirmar que la comunicación es un elemento clave que de alguna forma aparece en la órbita del acto terrorista es coherente.

Es plausible plantear que el terrorismo no es más que una forma de comunicación a la que se ven constreñidos los terroristas porque formas más ordinarias de discurso no están logrando el objetivo. Porque el terrorismo, ante todo, es un acto racional y calculado. Y esto se confirma de alguna manera con el propio nacimiento del terrorismo moderno.

TECNOLOGÍA, EPISTEMOLOGÍA Y OPINIÓN PÚBLICA

Como hemos podido observar en el apartado anterior partimos de la base de que el terrorismo es un acto comunicativo que depende de tres elementos interconectados la tecnología, epistemología y opinión pública.

Tecnología

El elemento tecnológico permite adaptar y materializar el mensaje que se quiere hacer llegar a una audiencia determinada. Las transformaciones tecnológicas son elemento clave para comprender la evolución del terrorismo. La posibilidad de innovar y de llegar a la opinión pública es clave para la consecución de los objetivos marcados. Si hacemos una breve revisión histórica podemos observar como los diferentes grupos y actos terroristas utilizan la tecnología como:

En 1866 Nobel inventó la dinamita, revolución tecnológica rápidamente adoptada por el terrorismo anarquista porque les permitía “hacer ruido”. Hay muchos casos de asesinatos políticos, que bien podrían ser considerados terroristas, durante el s.XIX y parte del XX y, sin embargo, el uso de la dinamita fue un punto de inflexión. Los periódicos de todo el mundo se hacían eco. Esta Propaganda de la Acción, o Propaganda con los Hechos, convirtió precisamente el asesinato en un acto comunicativo para generar presión política y arengar a las masas. En terrorismo.

La prensa moderna que se popularizó en el s.XIX se convierte en el cauce del terrorismo. El mensaje está codificado, no se trata de una bomba o un secuestro, sino de un conjunto muy determinado de demandas (Matusitz, 2013:46). El mensaje, el acto terrorista, se envía a través de los medios que se hacen eco del suceso, y llega a los receptores (partidarios y detractores) que, o bien se sienten alentados, o bien se sienten amenazados.

Algunos ejemplos de esto son los actos cometidos por las Brigadas Rojas, que solían producirse más en sábado, por ser el domingo el día de mayor tirada del periódico en Italia. También son populares los ataques en eventos internacionalmente observados, como en las Olimpiadas de Munich de 1972 y el atentado de Septiembre Negro; o como en visitas de Estado, como lo era la visita del Archiduque Franz Ferdinand a Sarajevo en 1914. Algunos terroristas envían directamente a la prensa los comunicados, como hacía Bin Laden enviando vídeos a través de Al Jazeera y que reproducían los medios internacionales de todo el mundo.

Si bien es verdad que, posiblemente, con el crecimiento de las redes de comunicación y de redes sociales, la deslocalización de fuentes de información y el flujo de noticias las 24h, los cauces hayan variado y los medios tradicionales ya no tengan el papel que tenían hace años, lo cierto es que dar a conocer sus actos sigue siendo, hoy, el oxígeno de la publicidad¹ del terrorismo. Como decía el anarquista Leon Lehautier, “si mi protesta no atrae un escándalo que forzosamente atraiga la atención a mis reclamaciones, es como si no me estuviera quejando en absoluto” (Leites y Wolf, 1970).

Epistemología

El valor de lo epistemológico se encuentra vinculado e interconectado con las transformaciones tecnológicas y su efecto sobre las sociedades humanas. Amplio ha sido el desarrollo filosófico sobre esta cuestión a lo largo de la historia de la humanidad. Sin embargo, en este apartado queremos subrayar la incidencia de la tecnología a la hora de construir el mundo y su cosmovisión. El terrorismo como fenómeno moderno instrumentaliza la tecnología, y esto tiene profundas consecuencias en la forma de comprendernos a nosotros mismos a través de su mensaje.

El terror como concepto etimológico representa la huida, el miedo vinculado al movimiento y al espanto (Cavarero, 2009). Esa tensión entre el conocimiento, lo estético y lo político. Como señala Felix Duque (2007), los atentados de las Torres Gemelas en New York permiten romper con su derrumbe la historia creando puntos de inflexión en nuestra comprensión de nosotros mismos. En este caso, los terroristas sabían que tenían

¹ En 1979 Margaret Thatcher describió la cobertura mediática de los atentados del IRA como el “oxígeno de la publicidad” que ayudaba al mantenimiento del terrorismo. Esta afirmación de la Primera Ministra precedió a la censura de la radiodifusión en 1980 por parte de los *Tories* que impediría a los partidarios del IRA del Sinn Féin a intervenir libremente en la radio británica.

que atacar el centro del mundo financiero, que el terror se convirtiese en una potencialidad cada vez que se cogiese un avión. Sabían que las cámaras de todo el mundo enfocarían y que las televisiones llevarían el miedo a cada hogar, a cada casa. La tecnología posibilita un cambio en lo epistémico. La nueva era de TICS, redes sociales abre un nuevo marco epistémico y supone un nuevo campo de juego para el terror como veremos posteriormente.

Opinión Pública

Para Habermas hay una estrecha vinculación entre opinión pública y espacio público, entendido este, como aquella esfera donde tienen lugar los procesos de comunicación y deliberación (Vallespín, 2000). Bien, los diferentes actores interaccionan y mantienen los procesos comunicativos el terrorismo sería un elemento más que condiciona ese espacio público. La teoría Habermasiana responde a los principios normativos de las teorías de la acción y, por tanto, desde tiene un enfoque racionalista, según esto, el mensaje terrorista también tiene una demanda racional que solo puede ser canalizado en un espacio democrático.

Por lo tanto, es relevante el trabajo de Habermas para comprender el fenómeno y evolución del terrorismo desde la transformación del espacio público. Si cambia la esfera pública y se abren nuevos espacios deliberativos los terroristas intentarán formar parte de la toma de decisiones a través del terror como mensaje para llegar a esa opinión pública. Lo que evidenciaría la actual utilización de las redes sociales para reclutar o mandar los mensajes a unos nuevos espacios públicos que tienen cada vez más peso en nuestra vida democrática. Por lo tanto, y si hacemos una similitud entre espacio público con el contexto social concreto podemos observar como hay multitud de teorías que plantean los diferentes motivos por los que surge el terrorismo. Con respecto al contexto social, Crenshaw (1981:383) plantea una serie de precondiciones que pueden derivar en resistencia frente al Estado:

1. Primero deben existir verdaderas fracturas en la sociedad entre la mayoría y una minoría, puede tratarse de una minoría étnica discriminada, o de un grupo político concreto, o de una población religiosamente diversa. La fractura propicia la creación de movimientos sociales que puedan canalizar las demandas de igualdad, independencia o cualquier otra. Éstos pueden llegar a adoptar estrategias violentas,

siendo potencialmente susceptibles de tornarse en grupos terroristas (los LTTE , Hamas o la Lanza de la Nación).

Las organizaciones que surgen de las fracturas, sin embargo, no tienen porqué ser los sujetos “oprimidos” por la relación mayoría-minoría. RAF o las Brigadas Rojas son ejemplos de que, precisamente, personas que no se ven discriminadas se radicalizan y llevan a cabo actos terroristas en nombre de una lucha que “no es la suya”.

2. En segundo lugar, Crenshaw habla de la falta de oportunidad de participar políticamente: lo que genera terrorismo no es una discriminación social o económica, sino la reacción ante la prohibición del Estado de manifestarse políticamente.
3. Por último, es necesaria una ventana de oportunidad, algo que provoque que las personas decidan cometer actos terroristas. Una decisión que puede tomarse porque, en todo caso, son conscientes de que el contexto social permite el terrorismo. El Estado se deslegitima de tal forma que los terroristas saben que sus actos van a ser vistos como una forma de liberación, como una defensa lícita ante la violencia del poder. En Irlanda, tras la ejecución de los principales protagonistas del Alzamiento de Pascua en 1916, el IRA y Michael Collins adquirieron para los católicos ese papel de defensores contra la “represión británica”.

Si el terrorismo tiene dos propósitos (conseguir apoyos y coaccionar al oponente) (Pape, 2003:345), para conseguir apoyos es imperativo que exista una oportunidad de aprobación de sus acciones por parte de todo o parte de la población.

Ahora bien, ¿por qué la decisión de cometer actos terroristas? La violencia ha existido siempre, así como el asesinato político o el objetivo contra una población concreta. El terrorismo es algo más, una serie de métodos/técnicas/objetivos, que hemos visto popularizarse y ser adoptados por organizaciones en momentos y ubicaciones muy distantes.

El tiempo, o momento, determina la tecnología disponible en cada época, y que los actos sean similares al ajustarse a los métodos disponibles. La localización es un obstáculo que supera la comunicación: que grupos terroristas en lugares distintos del globo generen

tácticas y estrategias similares es llamativo, fenómeno que podría describirse como un efecto contagio, que facilita la propensión de grupos radicales en diferentes situaciones a adoptar estrategias terroristas. Un patrón jerárquico o vertical de contagio tiene sentido en cuanto grupos terroristas “menores” (ya sea en poder frente al Estado o en edad) se inspiran en otros más exitosos a la hora de adoptar estrategias. Estos patrones de contagio se han demostrado en el ámbito de las relaciones entre estados, donde la presencia diplomática más imponente en el escenario internacional ha motivado la imitación de políticas públicas entre países². Tiene sentido pensar que algo así puede ocurrir con el terrorismo (Midlarsky, Crenshaw y Yoshida, 1980).

Tecnología y comunicación, por lo tanto, son los elementos que condicionan la aparición, adaptación y formas del terrorismo. Esto supone transformar los marcos epistemológicos de acceso a la acción y al conocimiento transformando el mundo y el mensaje con él, además de su efecto sobre la opinión pública. Como podemos observar si tenemos en cuenta la arquitectura teórica de Rapoport sobre las llamadas olas del terrorismo.

OLAS TERRORISTAS

“¿Qué es una ola? Es un ciclo de actividad en un período determinado – un ciclo caracterizado por fases de expansión y contracción. Una característica crucial es su carácter internacional; actividades similares ocurren en varios países, guiadas por una energía común predominante que da forma a las características y relaciones mutuas de los grupos participantes” (Rapoport, 2004:47).

La teoría de las olas del terrorismo moderno fue propuesta por primera vez en 2004 por el profesor David Rapoport, quien mantenía que, desde su aparición en 1878 (fecha bastante consensuada por todos los enfoques), el fenómeno terrorista podía clasificarse por etapas: ola anarquista (1880-1920), ola anti-colonialista (1920-1960), ola de nueva izquierda (1960-1990) y ola religiosa (1980-20xx). En cada etapa/ola predomina un elemento distintivo al que se adscribe toda la violencia terrorista desarrollada en esa época (pese a que el nacionalismo se manifiesta en todas las olas), y se inicia con el primer

² La dominancia de Estados Unidos del panorama internacional desde mediados del s.XX ha llevado a muchos países a adoptar similares políticas económicas, lo que ha generado a su vez similares problemas de pobreza y violencia urbanas (Midlarsky, Crenshaw y Yoshida, 1980:273).

grupo que representa la nueva ola, para finalizar cuando ya no logra inspirar más movimientos. Rapoport era consciente de la importancia del nacionalismo, una ideología política presente mucho antes que el anarquismo o el socialismo, pero no dio a ninguna de sus olas ese nombre. El nacionalismo ha servido para canalizar la frustración social en todas las olas, y aún así, nunca fue predominante (Townshend, 2016).

Mediante las olas, Rapoport ideó un método para identificar la evolución, apogeo y caída de cada período de terror, pero de una forma flexible y sin delimitaciones muy concretas. De este modo, las olas pueden superponerse y mezclarse. Además, tienen en común que el motivo que las dirige es siempre la revolución, pero “revolución” se entiende algo distinto en cada contexto (Rapoport, 2004; Townshend, 2016).

El plantear que haya habido cuatro olas de terrorismo global supone creer en que las causas de terrorismo son globales, porque de ser locales no podríamos hablar de tendencias generalizadas (Sedgwick, 2007). Y Rapoport lo adscribe a las ideologías predominantes en cada época, mientras que aquí la intención es relacionarlo también con las revoluciones tecnológico-comunicativas.

Es evidente que la ideología tiene algo que ver con el terrorismo, tiene que haber un mensaje detrás de los ataques, así como una serie de demandas, pero no hay una única ideología que haya monopolizado la actividad terrorista. Es más, es cierto que algunas corrientes de pensamiento han logrado ataques más efectivos porque su propia filosofía organizativa es particularmente rigurosa, lo que facilita la acción en grupo, en concreto las de carácter religioso. Pero no es posible adscribir el terrorismo únicamente al extremismo religioso. Según Laqueur (1977:14) “el terrorismo asume siempre el color protectivo de ciertas características del *Zeitgeist*, que era fascista en los 20 y 30, pero tomó una dirección alternativa en los 60 y 70 [...] subyacente al terrorismo de izquierda y derecha hay normalmente un activismo político que flota libremente - populista, con frecuencia nacionalista, intenso de carácter, pero vago y confuso”.

Aunque el modelo de Rapoport no es tan explicativo como podría desearse, el problema con el terrorismo es que se trata de un fenómeno cuyo estudio está siempre falto de certeza, por lo que los modelos de estudio tienen que ser flexibles y ligeramente ambiguos.

Tomando como referencia la teoría de las olas, pero añadiendo la dimensión comunicativa en cada una, se espera esclarecer un poco más el conocimiento sobre el terrorismo.

Primera Ola

Tres revoluciones del s.XIX son relevantes para esta investigación: la invención y difusión de la prensa rotativa, la invención y comercialización del telégrafo, y un descenso del analfabetismo general³. Un siglo en el que se produjeron revoluciones sobre derechos, formas de estado y transformaciones industriales, trajo consigo una modernización de pensamiento poco acompañada por las convenciones imperantes. Al mismo tiempo, las redes de comunicación y transporte cambiaron de manera radical, lo que facilitaba que eventos que sucedían en un país llegaran rápidamente al resto del continente (Matusitz, 2013:46).

El terrorismo de la primera ola nace de la mano de los potenciales beneficios publicitarios que ofrecía la “propaganda de la acción”. Hacia finales de siglo muchas organizaciones y grupos revolucionarios decidieron adoptar los métodos del terror, como forma de avanzar sus demandas políticas. El terror era el método capaz de destruir de forma más veloz y eficaz las convenciones sociales (Rapoport, 2004 y 2002).

Su arma principal era la explosión con dinamita por tener un impacto posterior más potente sobre el eco de la prensa, aunque también utilizaban armas de fuego. Los objetivos de los anarquistas eran los cargos políticos como monarcas (Alejandro II o Nicolás II de Rusia), primeros ministros (Spencer Perceval en 1812 y Cánovas del Castillo en 1897), presidentes (Garfield en 1881 y McKinley en 1901), además de ministros, oficiales, militares y fuerzas del orden.

Antes de los regicidios con dinamita de los anarquistas se habían producido asesinatos políticos, sin embargo, la primera ola de terrorismo que se produjo en Europa y Estados Unidos en el s.XIX y principios del XX se promovió gracias a la difusión que daban los medios de comunicación (prensa y telégrafo) y los manifiestos y panfletos de los propios terroristas. Por lo tanto, es posible afirmar que la revolución de la comunicación que tuvo lugar desde mediados del s.XIX tuvo un impacto en la propagación de los métodos

³ Según el estudio de Roser y Ortiz-Ospina (2018), "Literacy". *Publicado online en OurWorldInData.org*. desde 1820 hasta 1870 la tasa de alfabetización creció en el mundo del 12% al 20%, y más en países europeos, como en caso de Francia en el que creció del 35% al 70%.

terroristas, provocando un efecto contagio al publicitar (informando) los atentados que se cometían.

Segunda Ola

La Segunda Ola nace con un evento internacional sin precedentes como fue la Gran Guerra (1914-1918). El Tratado de Versalles (1919) rompió los antiguos imperios europeos, por el derecho de autodeterminación, sin embargo, los territorios coloniales de esos imperios no estaban “preparados” para la libertad/autodeterminación, por lo que la Liga de Naciones estableció una serie de mandatos administrativos. Esta situación se mantuvo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), y entonces empezaron a disolverse los mandatos (Rapoport, 2004:52-53; Rapoport, 2002).

Los terrorismos de la segunda ola surgieron en los mandatos cuya autodeterminación era más complicada, como en Palestina, Argelia, Chipre o Irlanda del Norte. El terrorismo tenía un objetivo más allá de la retirada de la “metrópolis” del territorio, además buscaban establecer un tipo de nación muy concreto. En esa época, “terrorista” era un concepto ya dotado de una carga muy negativa, por lo que Menachem Begin fue el primero en rechazarlo para identificarse (a sí mismo y a su organización, Irgun) como *freedom fighters* que luchaban contra el terror gubernamental. Esta denominación se popularizó rápidamente porque hacía parecer a los movimientos anticolonialistas más legítimos que los de la primera ola, y además así ganaban apoyo político (Rapoport, 2004:53; Rapoport, 2002; Kaplan, 2016:5-6).

La estrategia difería bastante de la filosofía de la bomba: en la segunda ola los objetivos eran los policías y sus familias. Una vez eliminados éstos, el reemplazo militar enviado por el Estado conocía menos el territorio, la sociedad y era, por tanto, más torpe. Los ataques eran más tipo guerrilla, y se abandonaron los asesinatos (excepto en la zona de los Balcanes). Los grupos terroristas empleaban la prensa extranjera para hacer eco de sus demandas, y tuvo especial relevancia la difusión de la radio comercial a partir de los años 30 (Rapoport, 2004:54-55; Rapoport, 2002; Kaplan, 2016:5-6).

Los *freedom fighters* utilizaron mejor los elementos étnico-nacionales: la evocación de héroes históricos de la lucha contra fuerzas opresoras, la financiación con los ingresos que enviaba la diáspora, el apoyo de Estados cercanos con culturas próximas y, especialmente, poner a las Naciones Unidas (ONU) de su parte. Begin y el Irgun crearon

un relato que, a base de repetición por parte de todas las ex-colonias en la ONU, fue adoptado por la comunidad internacional, lo que facilitaba que despertaran cierta simpatía y apoyo.

En este conflicto, como en la mayoría de la ola anti-colonialista, la comunidad internacional jugó un papel decisivo. Los dirigentes de cada grupo terrorista utilizaron los medios extranjeros, por la dificultad de publicar de forma abierta en su propio territorio y la censura del gobierno oficial. Especial relevancia tuvo la radio como espacio de difusión de las ideas y reivindicaciones de cada grupo, que además permitía conectar de una forma más personal con los líderes.

Tercera Ola

Durante los últimos años de la guerra de Vietnam (1955-1975), el notoriamente desigual conflicto bélico entre el Vietcong y Estados Unidos, así como las tácticas empleadas por el primero para contrarrestar esa diferencia de fuerza, encendieron el comienzo de la Tercera Ola. Marcada por la aparición de movimientos juveniles anti-establishment, de ideología de izquierdas y que, además, obtenían apoyo logístico de la Unión Soviética, estos grupos surgieron tanto en territorios de países en vías de desarrollo como de la Europa Occidental (Rapoport, 2004;56-61).

Los objetivos terroristas recuperaron las tendencias de la primera ola: se atenta contra políticos y se realizan actos llamativos como el secuestro de aviones y personas, pero basados en una lógica del castigo más que por ejercer un mero cargo políticos. Al mismo tiempo, las mujeres vuelven a ocupar puestos en la ofensiva de las organizaciones (Rapoport, 2004:56-61; Rapoport, 2002; Kaplan, 2016).

Más que los anteriores, el movimiento terrorista de la tercera ola tiene un marcado carácter internacionalista, no en el sentido de lograr el apoyo de la opinión pública internacional como en la anterior, sino en el de actuar de forma transnacional. No sólo hay colaboración entre terroristas de diferentes países, e incluso algunos estados les apoyan económica y políticamente, sino que además se dirigen contra objetivos políticos de dimensión internacional (como el asesinato del embajador de Estados Unidos en Khartoum en 1973 por Septiembre Negro) y muchos de sus atentados se realizan en territorio extranjero (como la masacre de Múnich en 1972). Al mismo tiempo, los terroristas tienen que esforzarse en mantener un cierto equilibrio entre el cumplimiento

de las demandas locales con las internacionales (Rapoport, 2004:56-61; Rapoport, 2002; Sedgwick, 2007).

La postura de la ONU cambió radicalmente y el término “terrorismo” volvió a incorporarse al glosario de la comunidad internacional. Hubo un esfuerzo formal por contrarrestar el terrorismo y se redactaron tratados en contra de las diversas manifestaciones del terrorismo así como los elementos que con él se relacionan. Pese a todo, su instrumentalización por parte de los estados provocó ambigüedades y diferencias de trato que perjudicaron la lucha contra el terrorismo transfronterizo (Rapoport, 2004:56-61; Rapoport, 2002).

La Tercera Ola se caracterizó por el internacionalismo, la conexión de sus terroristas con terroristas de otras regiones. Y pese a que algunos reflejan más esa característica, otros tienen una causa internacional (por ejemplo la lucha del proletariado) pero se dedican a una lucha local por tener medios más escasos. Lo que sí es común es la difusión por los medios modernos, la televisión, mediante entrevistas con los líderes, la difusión de imágenes en directo de los atentados y una aproximación mayor de los espectadores al terrorismo del momento.

Cuarta Ola

La Cuarta Ola apareció de la mano de tres eventos que tuvieron lugar en el mundo musulmán en 1979: la revolución iraní, el inicio de un nuevo siglo según el calendario musulmán⁴ y la invasión soviética de Afganistán. La religión y la etnicidad son los elementos distintivos de esta ola, y el islam se encuentra en su centro, aunque ocasionalmente se dio algún grupo secular, como es el caso del LTTE (Laqueur y Wall, 2018).

La revolución de Jomeini se valió de la movilización que provocaba la religión en contra de las reformas progresistas que había ido imponiendo el Sha. La nueva República Islámica de Irán procedió a financiar movimientos terroristas chiíes en muchos otros países de Oriente Próximo, con especial éxito en Líbano. Hezbollah recuperó de los anarquistas el terrorismo suicida, que se extendió por contagio, como ya se ha visto, a

⁴ En 1980 sería 1400 según el calendario musulmán, que se inició en el 622 d.C., año en el que Mohammed huyó de La Meca a Medina.

todos los demás grupos, y es una de las tácticas características de esta ola (Rapoport, 2004; Rapoport, 2002).

Por otro lado, la invasión soviética de Afganistán, promovió una movilización suní sin precedentes, que, con ayuda estadounidense, consiguió expulsar en 1989 a los invasores. La movilización religiosa había derrotado a una superpotencia secular, lo que le daba una cierta relevancia y ponía en una situación de preeminencia al terrorismo islámico afgano, convirtiendo a sus líderes en figuras internacionalmente conocidas.

Los objetivos en esta ola eran sobretodo estructuras civiles y militares estadounidenses, y su llamada al mundo musulmán permitía a los terroristas reclutar voluntarios de muchos países, ampliando más si cabe el colectivo de simpatizantes.

Los terroristas de la Cuarta Ola han sido los primeros en disponer de internet. Una plataforma que disparó la audiencia y la velocidad de los flujos de información exponencialmente. Los terroristas emplearon este medio para darse publicidad, reclutar y mandar mensajes. Además, se convirtieron en una parte activa de la televisión, que no se dedicaba exclusivamente a concertar entrevistas o cubrir reportajes sobre los atentados, sino que era el vehículo para trasladar los vídeos de los terroristas sobre sus motivaciones y amenazas.

Al Qaeda llevó a cabo en 2001 un atentado, el de las torres gemelas, en el que personas de todo el mundo vivieron en directo el segundo impacto. Se trata del atentado más mediático de la historia, que trasladó a través de la televisión el terror directamente a los hogares de todo occidente. Este mismo atentado lo convirtió Estados Unidos en una campaña mediática a través de la televisión, para influenciar a la opinión pública a posicionarse a favor de la invasión de Irak (Butler, 2009).

QUINTA OLA

La tesis que se sugiere en esta investigación es que las ideologías que propone Rapoport en cada ola no son más que el reflejo de las reivindicaciones dominantes en cada era. Otros elementos como reclutamiento, métodos, estrategias o financiación dependen también de las relaciones internacionales y del clima social y el contexto en cada momento. Aún así Rapoport nos habla de una revolución, un detonante, que inicia cada ola, y lo que aquí se propone es que ese detonante es una revolución en los medios de

comunicación social a través de innovaciones tecnológicas, transformación epistémica y cambios en la opinión pública . De ser así, podríamos estar ya en una Quinta Ola.

En la primera ola fue la difusión por todo el mundo de los ataques con dinamita gracias a la reducción de distancias mediante el telégrafo; en la segunda fue el aprovechamiento del nuevo escenario internacional y la radiofonía; en la tercera se explotó la televisión y la propaganda a través del cine; y en la cuarta se incorporó internet como forma de producción autónoma del contenido, por parte de los terroristas.

Intuitivamente se puede pensar que la Cuarta Ola está superponiéndose ya con una Quinta Ola. El modelo de Rapoport es, al fin y al cabo, el planteamiento de un fenómeno que se considera cíclico: nace la ola a partir de una revolución, se moviliza y alcanza un máximo y después comienza a desmovilizarse. El ciclo entonces tendría tres fases, que se desarrollarían de un modo similar a los ciclos de protesta de los movimientos sociales de Tarrow (1989:263-286).

En la primera fase la frustración de un grupo discriminado de la sociedad se cristaliza en movimientos sociales que se radicalizan y adoptan tácticas terroristas. Este estadio es el que describe Crenshaw (1981) cuando habla de la sociedad “ideal” para que se genere un caldo de cultivo radicalizado, y en el que los terroristas están esperando por esa ventana de oportunidad que los legitimase para actuar. Si lo analizamos en términos Habermasianos un grupo que considera que no tiene los cauces posibles para que sus demandas sean integradas en la esfera pública lo que supone una especie de fallo comunicativo que provocaría una interacción diferente con el resto de actores.

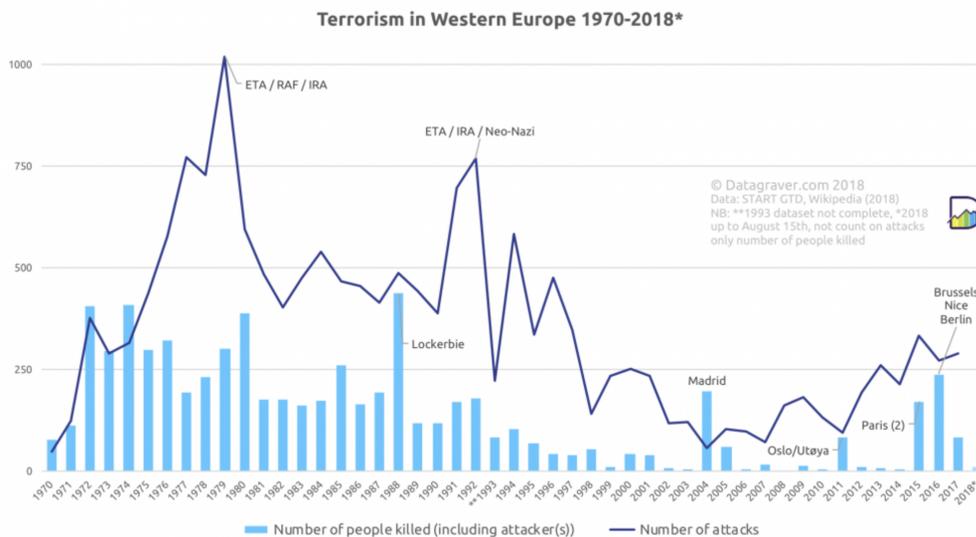
En la fase intermedia del ciclo es cuando el grupo terrorista lleva a cabo la mayor parte de sus atentados para ganar apoyos e inestabilizar a las élites políticas. En este período los terroristas ajustan sus estrategias a los resultados que buscan, y el Estado tiene que estudiar cómo combatir esta nueva forma de terrorismo (Sánchez de Rojas, 2016).

Por último, el declive se inicia cuando los terroristas son incapaces de adaptar las innovaciones tecnológicas, cuando logran sus objetivos y se disuelven, cuando el incremento de la violencia les resta apoyo social, cuando encuentran un espacio político sin tener que recurrir al terrorismo, cuando el Estado consigue disolverlos, etc. En definitiva, cuando suceden dos situaciones: (a) las autoridades y el Estado encuentran la

estrategia para contener y disolver al grupo, o (b) los líderes del movimiento terrorista moderan el discurso para institucionalizarse (Tarrow, 1989).

Si no sucede una de estas dos alternativas y el movimiento simplemente decae y desaparece, es, según la tesis aquí descrita, porque los terroristas son incapaces de adaptarse a los nuevos medios de comunicación. El declive en cada ola ha durado más o menos 30-40 años, el ciclo vital de una generación entera, lo que tendría también sentido para explicar los cambios comunicativos generacionalmente. Además, existe en cada ola un detonante ligado a la rebelión de la juventud que inicia el nuevo ciclo de terrorismo (Weinberg y Eubank, 2010).

El principal problema para plantear el nacimiento de una Quinta Ola es el carácter de la Cuarta. La llamada religiosa, en primer lugar, es una ola enraizada en la frustración del mundo musulmán, una población mucho mayor en tamaño y presencia transnacional. Un foro mucho más amplio que el de sus predecesores. Por otro lado, a diferencia de la movilización que pueda generar la ideología, la religión se basa en cuestiones mucho más emocionales y resistentes al deterioro del tiempo (Weinberg y Eubank, 2010).⁵



Sin embargo, el tipo de terrorismo que llevan a cabo los principales grupos terroristas hoy, dista bastante de los ataques de Al-Qaeda a principios del s.XXI. Son diferentes los objetivos, las tácticas y la comunicación, y Europa no vivió grandes atentados terroristas

⁵ <https://www.datagraver.com/case/people-killed-by-terrorism-per-year-in-western-europe-1970-2015>, consultado el 10 de enero de 2019

desde los de Madrid en 2004 hasta los de París en 2015 (salvo el ataque de Breivik en 2011).

Es cierto que el foro del terrorismo religioso es grande, pero el grupo que más atentados ha cometido dentro de la ola religiosa fue el LTTE, cuya motivación era más etnonacionalista que religiosa. Y se trataba, fundamentalmente, de un grupo local. El repunte, además, de los ataques terroristas a partir de 2015 no es a cargo de Al-Qaeda, sino del Daesh.

El Daesh es el grupo terrorista que en este período mejor se ha adaptado a los nuevos medios de comunicación, que son muy diferentes de aquellos de los 80, 90 y principios del 00. ¿Cuáles han sido esos cambios?

Castells habla de la transformación del mundo a una sociedad red global, gracias al desarrollo de tecnologías de la comunicación y la información. Plantea el carácter global de esta red por su capacidad de trascender los límites territoriales e institucionales, y que ha evolucionado inevitablemente paralela a la globalización de las demás estructuras sociales (o incluso a la inversa, la existencia de dichas innovaciones tecnológicas ha facilitado la globalización) (Castells, 2009:50-54).

En la sociedad red global la comunicación, la máxima facilitadora de toda interacción social, ha cambiado de forma radical. La competición por el dominio del escenario ha obligado a la argumentación tradicional a volverse hacia formas de comunicar más expresivas y emotivas, lo que académicamente se conoce como posverdad. Este fenómeno ha facilitado la proliferación de fórmulas de manipulación que llegan más fácilmente que nunca al público deseado, pudiendo sesgar la audiencia a la que se envían los mensajes. Una manifestación de este tipo de técnicas son las *fake-news*, que siempre habían existido, pero ahora tienen un entorno más propicio para extenderse (Vallespín y Martínez-Bascuñán, 2017:143-187).

A la irracionalización de los discursos se añade otra dimensión. Como se ha dicho antes, las formas de comunicación social han sido tradicionalmente unidireccionales, conformando lo que se conoce como comunicación de masas (Castells, 2009:87). En el último medio siglo, las democracias occidentales seguían el modelo de “democracias de audiencia”, lo que magnificaba la comunicación de masas convirtiendo a los medios en

los proveedores de información, y a su vez les daba un cierto poder en las democracias. Los medios seleccionaban los temas, la forma de presentarlos, la escenificación, el marco, etc. Hoy, la comunicación de masas se ha convertido en un fenómeno interactivo (la autocomunicación de masas de Castells), que se desarrolla con relativa facilidad en un contexto donde los flujos y el acceso a la información nunca han sido tan prolíficos. Los usuarios no sólo reciben mensajes, sino que pueden interactuar con ellos de manera instantánea llegando a miles de personas, y sin entrar en el poder de generación de contenido por sí mismos, sin pasar el filtro de los medios tradicionales (Vallespín y Martínez-Bascuñán, 2017:143-187).“La evolución tecnológica generada por redes sociales, la democratización de los dispositivos móviles inteligentes y los aparatos electrónicos de grabación y edición de imagen y vídeo en alta calidad han alterado los esquemas habituales de construcción de la opinión pública” (Lesaca, 2017:30).

Según Vallespín y Martínez-Bascuñán (2017), los grandes cambios producidos en los sistemas democráticos son:

1. Una difusión de la fuente de autoridad, donde el poder ya no reside en la élite política, o en los medios de comunicación tradicionales.
2. Los medios han perdido su posición de intermediarios, cualquiera puede acceder a la información y, lo que es más importante, crearla.
3. Una competición por la limitada atención del público, en la que además hay que afrontar las fronteras ideológicas que ponen los sesgos de confirmación de cada individuo.

La democracia de audiencia se ha transformado en la llamada democracia digital, en el marco de la posverdad, y ha encontrado su lugar en la era de la información de este s.XXI (Vallespín y Martínez-Bascuñán, 2017:143-187). Al igual que la democracia, los diversos fenómenos sociales se están adaptando, y esta transformación no es ajena al terrorismo. Como señala Olivier Roy (2016) el fenómeno terrorista está evolucionando tanto en el perfil como en las formas, y son la irracionalidad y el nihilismo de la joven generación *millennial*, motivada por el uso de las nuevas formas de comunicación, las que permiten seducir a los nuevos terroristas, con una fuerte influencia de la seducción a través de la red, como señala Lesaca (2017). Por lo tanto, cabe pensar, como se ha señalado a lo largo del trabajo, que la irrupción de nuevas formas de comunicación provocará una

transformación de las nuevas formas del fenómeno terrorista. Lo que podemos llamar una Quinta Ola del terrorismo.

Además, estos cambios también son de orden epistemológico con el surgimiento de la era de la posverdad. Entendemos este concepto como “distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en las actitudes sociales” el marco epistemológico en el que se está desarrollando esta ola del terrorismo es este; donde la emocionalidad es más relevante que nunca a la hora tanto de reclutar como de enviar un mensaje. Los cauces son las redes sociales y el sesgo cognitivo pone en duda todo argumento racional (McIntyre, 2018).

Los mensajes de los terroristas no apelan a discursos de justicia o construcciones racionales, sino que se apela a una emotividad similar a la que se apela actualmente a la opinión pública. Si algunos autores señalan como un peligro la posverdad para la democracia. El terrorismo de esta quinta ola utiliza los mismos mecanismos para llegar a su público a través del espectáculo, el cuestionamiento de la razón, la ciencia en pos de creencias falsas empíricamente demostradas pero que son aceptadas por los seguidores que deciden defenderlas. En un contexto de quiebra de la razón frente la emoción y donde la doxificación del pensamiento como se muestra en las redes sociales frente la crisis de los medios tradicionales y las instituciones intermedias.

“Durante el último medio siglo, las tácticas terroristas han evolucionado al mismo ritmo que lo medios de comunicación. El terrorismo se ha adaptado a los nuevos lenguajes, a los nuevos tiempos y a los nuevos formatos que los medios utilizaban para transmitir mensajes hegemónicos y eficaces a la opinión pública” (Lesaca, 2017:29).

Hay dos elementos a tener en cuenta respecto de las formas de comunicación del Daesh: son capaces de emplear el lenguaje y los cauces de la era de la información para llegar a su público, pero mantienen los mensajes relativamente primitivos. Esto sigue la estrategia de la propaganda, según la cual los mensajes tienen que ser cortos, centrados y repetitivos, y que se adapta perfectamente a las ya vistas características de la comunicación en la era digital (Laqueur y Wall, 2018:179-193).

De esta manera, el Daesh ha cambiado las prácticas mediáticas del terrorismo, o, mejor dicho, las ha adaptado a las oportunidades y limitaciones de su tiempo, convirtiéndose

“en una de las mejores agencias de marketing mundiales” (Vallespín y Martínez-Bascuñán, 2017:143-187). Para lograr ganar seguidores y “aterrorizar” al resto de la población, el Daesh centró sus esfuerzos mediáticos en páginas de internet, revistas y periódicos, y las redes sociales (la verdadera innovación comunicativa del s.XXI): Facebook, Twitter, Instagram, ASKfm, Telegram (Laqueur y Wall, 2018:179-193). Estas “nuevas tecnologías de la información les permiten llegar a sus audiencias de una manera directa y segmentada. Sin requerir el papel mediador de los medios tradicionales” (Lesaca, 2017:23).

Además, los niveles de violencia de esta Quinta Ola son mucho más elevados que en las precedentes. Kaplan (2008:548) enumeró una serie de características con las que, según sus estudios, contaba la nueva ola, entre las que incluía: (12) la violencia es tan dominante que pierde su contenido para reivindicar simplemente la mera existencia; y (13) los efectos rituales de las violaciones y asesinatos, especialmente para los nuevos reclutas, suponen el cierre al retorno a la sociedad, a la familia y a las anteriores formas de vida. Es sobradamente conocido el abanico de atrocidades que ha cometido el Daesh en su territorio, y que incluye la crucifixión, violación, decapitación (en *streaming*), lapidación, abuso y esclavización, y profanación, entre muchas otras (Laqueur y Wall, 2018:184).

Las formas de comunicación del Daesh explotan esta violencia a través de los nuevos medios. Ya no son susceptibles de ser censurados por los medios tradicionales por la crudeza de las imágenes que ofrecen, sino que ellos mismos las ponen a disposición del espectador. Como expone Lesaca (2017), en 2014 el Daesh publicó el vídeo de la decapitación del periodista estadounidense James Wright Foley, que, aunque los medios tradicionales como televisión o prensa (incluyendo la versión *online*) no mostraban al completo, sino que se limitaban al mensaje de la víctima y del terrorista, ellos pusieron a disposición del espectador cada minuto desde su cuenta de Twitter @alwahsh191435. Una estrategia que en 2004 Al Qaeda había rechazado, diez años después no es sólo tolerada, sino racional en términos estratégicos.

Además de todo esto, lejos han quedado los vídeos amateurs de Al Qaeda en los que los terroristas aparecían en cuevas, rezando o estudiando. La mediateca del Daesh contiene los elementos y el lenguaje más atractivos para el público joven: vende aventura y poder, así como brutalidad, violencia y dominación. Además, al contrario del moralismo de sus predecesores, promueven la gratificación a corto plazo (Cronin, 2015). En resumen, se

trata de una estrategia digital, en el escenario digital de una sociedad red global, para una batalla mediática.

El Daesh es el primer grupo terrorista que genera una narrativa transmedia alternativa a los medios de comunicación tradicionales, condicionando su acción violenta a su explotación en redes sociales. Sin embargo, no es el único. El terrorismo de extrema derecha, consistente y presente a lo largo de la historia de las olas del terrorismo, también se ha adaptado a los nuevos medios. Los ataques de Christchurch (NZ) a principios de este año, perpetrados por un ciudadano australiano en contra de la comunidad musulmana, y que acabó con la vida de 51 personas, fueron retransmitidos en directo a través de *Facebook Live*. Durante toda la grabación el terrorista va explicando sus motivos, sus razones y lo que siente mientras prepara su ataque. Apela en todo momento a un mundo anterior en el que prima una idea de una identidad homogénea vinculada a unas raíces cristianas (Brown, 2015).

CONCLUSIONES

Se ha hecho un análisis teórico sobre el concepto de terrorismo destacando el papel que tiene como acto comunicativo, utilizando una arquitectura teoría que analiza las transformaciones tecnológicas, las variaciones epistémicas y la evolución de la opinión pública, se llega la conclusión de que el terrorismo y los terroristas tienen como objetivo enviar un mensaje a la sociedad.

La forma de transmitir el mensaje ha ido evolucionando a lo largo de la historia gracias a los cambios tecnológicos. En las olas del terrorismo (Rapoport, 2003), se puede ver cómo cada ola es producto de transformaciones tecnológicas, epistémicas y de opinión pública, una transformación comunicativa que permite lanzar mensajes y garantiza la irrupción o la desaparición de los grupos en cada momento.

En la actualidad estamos asistiendo a una nueva revolución tecnológica de las TIC, como refleja la expansión de las redes sociales, creando nuevos espacios digitales que se encuentran enmarcados en las lógicas de la posverdad, en términos amplios y con todo lo que ello implica.

El terrorismo actual se adapta en los medios a las lógicas de comunicación actuales, como se puede observar en los actos del Daesh y de la extrema derecha en Nueva Zelanda ,que

no sólo se difunden por la red y crean contenidos específicos para ella, sino que además están cargados de un fuerte sentimentalismo y lógicas fragmentarias. Esta nueva ola terrorista es la Ola del Terrorismo en la Posverdad.

BIBLIOGRAFÍA

Archetti, C. (2013). *Understanding terrorism in the age of global media*. New York: Palgrave Macmillan.

Castells, M. (2009) *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial. 6ed.

Cavareto, A (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona: Anthropos.

Crenshaw, M. (1981). The Causes of Terrorism. *Comparative Politics*, 13(4), 379-399.

Duque, F (2009). *Terror tras la postmodernidad*. Madrid: Abada.

Etxeberria, X. (2009). Las víctimas del terrorismo: quiénes son, qué implica serlo. En A. Duplá and J. Villanueva, ed., *Con las víctimas del terrorismo*, 1st ed., Donostia: Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa, pp.13-30.

Honig, O. y Yahel, I. (2017) A Fifth Wave of Terrorism? The Emergence of Terrorist Semi-States, *Terrorism and Political Violence*

Kaplan, J. (2008) Terrorism's Fifth Wave: A Theory, a Conundrum and a Dilemma, *Perspectives on Terrorism*, Vol 2, No 2

Kaplan, J. (2016) *Waves of Political Terrorism*, Oxford Research Encyclopedia of Politics

Laqueur, W. (1977). Interpretations of Terrorism: Fact, Fiction and Political Science. *Journal of Contemporary History*, 12(1), pp.1-42.

Laqueur, W. (2003). *Una historia del terrorismo* (Paidós Historia Contemporánea ; 4). Barcelona: Paidós Ibérica.

Laqueur, W. y Wall, C. (2018). *The future of terrorism*. 1st ed. New York: Thomas Dunne Books.

Leites, N. C. y Wolf, C. (1970) *Rebellion and Authority: An Analytic Essay on Insurgent Conflicts*. Santa Monica, CA: RAND Corporation

- Lesaca, J. (2017) *Armas de seducción masiva*. Peninsula
- Manin, B. (1998) *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- Martin, S. y Pedahzur, M. (2017) Suicide terrorism theories, *Oxford Research Encyclopedia of Politics*
- Matusitz, J. (2013) *Terrorism & Communication. A Critical Introduction*. Thousand Oaks: Sage.
- McIntyre, L. (2018). *Posverdad*. Madrid: Cátedra.
- Mellón, J. A. (2015) *Islamismo Yihadista: Radicalización y Contraradicalización*. Valencia: Tirant.
- Midlarsky, M., Crenshaw, M. y Yoshida, F. (1980). Why Violence Spreads: The Contagion of International Terrorism. *International Studies Quarterly*. 24. 262.
- Pape, R. (2003). The Strategic Logic of Suicide Terrorism. *American Political Science Review*, 97(3), 343-361.
- Rapoport, D. C. (2004). The four waves of modern terrorism. En A. K. Cronin & J. M. Ludes (Eds.), *Attacking terrorism: Elements of a grand strategy* (pp. 46–73). Washington, DC, Georgetown University Press.
- Reddy, M.J. (1979) The conduit metaphor, en Ortony, A. *Metaphor and thought*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 284-324
- Rindlisbacher, S. (2010) Radicalism as Political Religion? The Case of Vera Figner, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 11:1, 67-87
- Roy, O. (2016) *Le djihad et la mort*. Paris: Seuil
- Sánchez de Rojas Díaz, E. (2016) *¿Nos encontramos ante la quinta oleada del terrorismo internacional?* Instituto Español de Estudios Estratégicos
- Sánchez Rodríguez, G. (2005) Informar sobre terrorismo: una misión difícil pero necesaria, *Revista Comunicación y Hombre*, 1

Sedgwick, M. (2007) Inspiration and the Origins of Global Waves of Terrorism, *Studies in Conflict & Terrorism*, 30:2, 97-112

Tarrow, S. (1989) *El poder en movimiento - Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza Editorial, cap. 9, pp.263-286

Torres Soriano, M. R. (2009) *El eco del terror*. Madrid: Plaza y Valdés

Vallespín, F (2000). “La crisis del espacio público”. *Revista Española de Ciencia Política*. 3, 77-95.

Vallespín, F. y Martínez-Bascuñán, M. (2017) *Populismos*. Alianza Ensayo.

Yungher, N. (2007) *Terrorism: the bottom line*. Pearson.

Weinberg, L. y Eubank, W. (2010) An End to the Fourth Wave of Terrorism?, *Studies in Conflict & Terrorism*, 33:7, 594-602

Weinberg, L., Pedahzur, A., y Hirsch-Hoefler, S. (2004) The Challenges of Conceptualizing Terrorism, *Terrorism and Political Violence*, 16:4, 777-794